

## LA MARCHA



Comienzo mi despedida -adelanto que soy un clásico con tintes modernos- reproduciendo una frase provocadora de Woody Allen. Es ésta: *“la jubilación es para la gente que se ha pasado toda una vida odiando lo que hacía”*. Yo no puedo encajar en ese discurso porque me ha gustado hacer todo lo que he venido llevando a cabo durante muchos años y hasta este momento: asumir los valores y el significado más profundo de la instrucción pública dedicando una parte primordial de mi tiempo a su mejora y desarrollo consiguiente para construir un modelo, un estilo acorde al tiempo que me ha tocado vivir y en el lugar donde llevo instalado los últimos 31 años de mi carrera profesional.

A falta de otras creencias y servidumbres inmatrimales, tengo la suficiente fe de agnóstico militante para argumentar que la enseñanza - prefiero la denominación de *“instrucción pública”*- facilita la felicidad de nuestra sociedad y nos permite conseguir ser más libres y mejores ciudadanos. Algunos de mis predecesores en el ejercicio de la Dirección de este Instituto así lo manifestaron por escrito hace más de ciento ciento años, tal y como yo lo hago en este momento. Soy fiel a ese compromiso.

He asistido como protagonista al cambio de nuestro modelo educativo en estos últimos tiempos, a la implantación de determinadas prácticas pedagógicas que vacían el saber en aras de una pretendida modernidad de las formas, y a la llegada de la ampliación de la obligatoriedad -una línea trazada con escasa reflexión para un tramo de edades que tiende a elevarse cada día más - que puede ser también una más de las causas que impiden entender el estudio como *“una oportunidad para penetrar en el bello y maravilloso mundo del saber”* a sectores cada vez más amplios de nuestros adolescentes. La frase no es mía tampoco, es de Albert Einstein, pero la asumo como seña de identidad y modelo. Desde mi perspectiva, esta elevación del límite de edades -conjuntamente con otras cuestiones que apenas he esbozado antes- ha arrastrado al concepto de excelencia, mérito y capacidad, a un laberinto sin resolver y a la escolarización, sin más, como una mera exigencia.

Me parece irrenunciable ahora plantear una elevación de la edad de la enseñanza obligatoria para nuestros futuros ciudadanos. Pero eso sí, organizada de acuerdo con otros

planteamientos diferentes a los actuales, con otras opciones, con otra metodología y con otro sentido propedéutico y terminal. Una enseñanza que permita que los más desfavorecidos encuentren las opciones adecuadas para su formación -integral y académica- y una proyección social acorde con los principios que he señalado líneas arriba. Una enseñanza pública -vuelvo a insistir en el concepto de *instrucción*- que permita recuperar el prestigio perdido en las últimas décadas y una atención por el Estado que corresponda a su propia denominación de origen: pública y para todos, sin que esté subordinada a los recursos económicos de la familia del alumno, ni a los intereses políticos con minúsculas de otros. Lo que verdaderamente pienso a estas alturas de mi recorrido profesional es que todo esto es algo que ignora o tolera -lo que es peor- una parte de las diferentes políticas educativas.

Pues bien, en palabras de una persona muy cercana a mí, estoy en el camino de presentarme como un profesor que atesora todos los síntomas para ser definido como ejemplar *vaca sagrada* -extraña especie importada de la India, o de algún país exótico- que se encuentra en vías de extinción. Quizá sea por este planteamiento que hago y que puede sonar anacrónico -aunque yo creo que lo que pasa es que resulta poco ortodoxo- y debatir la más que mejorable reglamentación de la Educación Secundaria, que va desde una sintaxis deficiente en la expresión literaria de su normativa legal -ya me gustaría haberme topado con unas leyes educativas tan brillantes en los aspectos formales del siglo XIX y en su cuidada reglamentación, con tantos personajes de gran altura en lo intelectual y que ocuparon puestos de ministros y altos cargos en el ramo- hasta caer en un debate pedagógico que me aturde -lo digo con benevolencia-, desde los primeros tiempos de la irrupción de la LOGSE, y quizá también unos años antes..

Podría añadir ahora que tampoco está tan mal la apuesta de recordar de esta guisa la evolución de la enseñanza y de nuestras vidas como profesionales: nos encontramos precisamente en un Instituto que tiene como nombre "Jorge Manrique". Las coplas de nuestro patrono hablan también de esa angustia vital por el pasado perdido, trufada de un sentimiento melancólico y triste, casi apocalíptico en el fondo. Paolo Sorrentino -siempre desde una perspectiva profunda y decadente de la condición humana- definió la melancolía como un refugio para quienes no tienen esperanza en el futuro. Es algo parecido a la idea manriqueña, pero teñida con tintes existencialistas, pasados por el pensamiento de Kierkegaard y los ejemplos literarios más próximos -para mí- de Camus, Sartre o Brassens.

Me reconforta también leer en algunos textos ajenos que la melancolía del fracaso es un vicio que despliega la izquierda -lo que empieza a poner en su justo lugar el discurso ortodoxo que encabezaba mi presentación-, al arribar a la decepción por el fracaso en la consecución de los fines que ansiaba lograr y no consigue por la acción política -entendida en nuestro caso por el sentido más amplio del concepto y, por ende, creo puede extenderse a este concepto de enseñanza pública- mientras el de la derecha es el del cinismo por su carácter más utilitario y

flexible en sus fines. Algo así argumentaba, con mayor o menos razón, Daniel Innerarity en un libro de éxito entre un determinado sector del pensamiento: *El futuro y sus enemigos* (2009, Paidós). Creo que es una de las pocas cuestiones en las que puedo coincidir con lo poco que conozco de ese filósofo vasco, pero me parece un argumento brillante para repensarlo con más tiempo y que, como veréis a continuación me servirá de prudente escudo para protegerme de esa definición bovina que pretendía despacharme. sin remisión de penas, a una especie de caverna, muy lejana de la de Platón. Y es que creo -lo pienso firmemente- que existen divergencias esenciales entre “*vaca sagrada*” y “*dinosaurio*” -ambos términos muy difundidos entre el profesorado, aunque un estudio pormenorizado en ambos conceptos me alejaría de mis objetivos en el día de hoy. Asumiré retóricamente, por consiguiente, el primero nada más.

Tampoco encuentran los jóvenes de hoy un incentivo sencillo para ese esfuerzo necesario que es consustancial al aprendizaje y, con ello, el acceso al saber estimulante que se deduce de esa frase tan profunda que recogí de Einstein. Hoy en día la instrucción pública ha perdido su carácter de ascensor social: hay otros atajos -algunos despreciables y no demasiado complicados para seguir si se tienen pocos escrúpulos- que alejan a algunos de los mejores y a muchos de los peores de ese mundo de la sabiduría que tiene su liturgia y sus exigencias. Y por consiguiente también -nos guste más o nos guste menos- se produce el menoscabo social y deterioro académico de quienes se dedican a esta apasionante tarea, entre los que me cuento. El Imperio romano tampoco pareció enterarse de que su época estaba en trance de perecer por un largo proceso de descomposición interna y factores externos entremezclados, bárbaros incluidos. Umberto Eco -*La nueva edad media*- y Roberto Vacca, con un planteamiento casi apocalíptico - *El medioevo que está a nuestras puertas*- nos advirtieron de algunos de los factores de nuestra degradación ya en el último tercio del pasado siglo.

Puedo afirmar que Unamuno -Rector que fue de la Universidad en la que cursé mis estudios- no podría gritar en estos años y en cualquier Paraninfo esa bella frase que decía: “*esto el templo del saber y yo su sumo sacerdote*” y salir indemne del acto sin críticas de unos y de otros, pataleos incluidos. Y seguro que habría oído desde el público alguna referencia a su condición de retrógrado. Solamente nos podemos sentir recompensados porque el otro personaje adosado al episodio que recoge esta referencia textual, Millán-Astray, no estará presente tampoco en este Instituto y en este nuestro Paraninfo mientras ahora me despido de todos vosotros.

Después de escribir de corrido estos párrafos (Unamuno, paraninfo, crisis educativa e instructiva, críticas a determinados modelos pedagógicos, advertencia de degradación de nuestro modelo occidental y retorno de antiguos fantasmas), alguno de los presentes puede pensar que se acentúa mi metamorfosis en *bóvido sacro*, y no me ha pasado desapercibido. Por eso mismo he recurrido a Innerarity y a Umberto Eco. El primero, poco conocido, pero solvente en determinado posicionamiento político; el segundo muy respetado en el mundillo intelectual de

esta época y en nuestro Instituto y este mismo Paraninfo en particular: ¿qué sería de nosotros sin *El nombre de la rosa*? Así que confío en que ambos pensadores me lancen un salvavidas antes de ser considerado un fósil intelectual y espero que algún replanteamiento en positivo del ya consabido argumento hindú, que tanto me ha hecho reflexionar estos últimos años de penitente profesor. Y si me veo obligado también a utilizar el discurso de Sorrentino en *La Gran Belleza* es para clasificarme mejor en otra vertiente más *cool* de la cuestión. Así quizá pueda salir airoso entre el sector de colegas dados a los argumentos estéticos, que lo hay sin duda en este Claustro de profesores.

Pasaré, para ir terminando esta exposición, a justificar mi posición conceptual y este momento concreto: soy el Director de este Instituto desde 1996 y creo que es momento de irme, no de huir (correr es de cobardes -Cruyff *dixit*- y que me perdonen el chiste fácil los compañeros de Educación Física). He dilatado mi presencia hasta tener la seguridad de que dejo un proyecto de futuro que cumple con la idea que he mantenido -y en la que aún creo firmemente- desde el principio de mi tiempo en la enseñanza. Conduzco un establecimiento educativo de más de 170 años que atesora unas peculiaridades, una historia y unas vivencias que nos alejan de otros más, sin renunciar por ello a vivir el presente. Necesitamos, consiguientemente, un “*estilo*”, una manera de concebir nuestra esencia, no como diferencia, sino como elemento significativo, y no debemos renunciar a la excelencia -bien entendida- dentro del decadente panorama que nos ha tocado vivir y desnortado con la decadencia de nuestro viejo continente y modelo de vida.

Vivimos nuestra experiencia en un edificio que es paradigma de la arquitectura escolar de principios del siglo XX, conservamos un patrimonio material y humano de primera magnitud. No es necesario exhibir ahora nuestras viejas y modernas glorias, pero es el momento de subrayarlas y la propia Administración educativa lo reconoce -al fin- en este momento con la ORDEN EDU/702/2018 que propone la consideración de “*centros históricos*” para nuestra Comunidad de Castilla y León. En este sentido siempre -o al menos desde hace más de veinte años- hemos estado en la vanguardia y también hemos marcado un estilo, tal y como acabo de señalar. Muy pronto alcanzaremos también esa meta y seremos un “centro histórico”.

He firmado algunas de las páginas más señaladas de la historia del Instituto Jorge Manrique -por más que pueda no gustarle a algunos- y estoy orgulloso de haber tenido un papel significativo en ese tiempo, muy especialmente desde la celebración del Primer Centenario de la construcción de este moderno edificio. Atesoramos los máximos reconocimientos y condecoraciones a los que puede aspirar un Centro educativo: la medalla de oro de la ciudad, la placa de la Orden de Alfonso X el Sabio y, espero que muy pronto, entremos en la categoría de “centro histórico”. Ofrecer un bilingüismo de calidad contrastada, un Bachillerato Internacional y resultar un Centro de referencia en el contexto nacional no es baladí. Y todo ello ha sido posible con el esfuerzo de un buen número de profesores de éste y anteriores Claustros, a los que quiero recordar y valorar significativamente en este momento, pero que no podré citar nominalmente por

cuestiones de oportunidad y respeto. Lo hice en una versión retrospectiva en el Pregón Literario de San Antolín de 2009 y también he intentado plasmarlo desde 2005 en placas de bronce, de moderno diseño ahora, carteles, publicaciones varias y esfuerzo cotidiano.

En mi último proyecto de Dirección diseñé un ambicioso proyecto de espacio museístico que, en dos años de gestión, considero ya muy avanzado: Museo de la Ciencia y Humanismo, Museo de Historia Natural. Tampoco ha sido muy complicado gracias a un buen número de profesores que habéis dedicado tiempo y esfuerzo para que fueran una realidad y un seguro éxito. Sé que alguno se sentirá agraviado por no encontrar aquí el reconocimiento escrito a su labor, sois muchos y estoy agradecido de corazón a todos y creo que lo sabéis. Pero deseo traer a este recuerdo a mi querido colega y amigo Alfredo León que siempre me ha acompañado en el trabajo, a la paciencia infinita de Miguel Calleja y Noemí Fernández en el apartado gráfico, al esfuerzo sin tacha de Julián Illera, a Faustina de Lucas y Amparo Reguero por cuidarnos tanto, a Sara Vicente por ese año maravilloso en el que nos hizo creer en el teatro de la vida, a Isidro Prieto por su generosidad de profesor jubilado, a las profesoras de idiomas (Lurdes Asensio, Valle Peláez, Ángela Medina y Rosa Antón), a Rosa Nuño por su labor de intendencia en el final del proyecto. Y también quiero testimoniar mi agradecimiento a todos los profesores del Departamento de Economía en esta última etapa de puesta en funcionamiento (Juanjo Guillén, Patricia García, Ángela Hermoso, Senén Toral y Mar Sierra), a Juan Carlos Bravo y a sus alumnos de CAS, y si me dejo alguno fuera de esta breve lista, no me queda más que implorar su benevolencia y comprensión.

Ahora es el momento del Museo de Historia Natural, segunda etapa del proyecto, que es posible por el generoso trabajo de Rosa Rivera. Los progresos han sido más que evidentes en estos dos últimos meses y la labor de los profesores en pleno de Ciencias Naturales ( Rosa Nuño, Juan Martín, Ignacio de Blas, Benjamín Detraux, Sara Alonso, María José Santo Tomás y Javier Iglesias) y otros voluntarios más- Sergio González-Gay, Pilar Núñez, de Ciclos Formativos- Amparo Reguero, Faustina de Licas, Raúl Merino y Estíbaliz Arenas -todos ellos comandados por Rosa Rivera- ha sido espléndida y merecen este reconocimiento público. Tengo el pleno convencimiento de que el curso 2019-2020 será el año de su inauguración. Y junto a las tres salas, un almacén y un taller de restauración para todo el complejo museístico. Todo comienza a ser una realidad.

Solamente pido desde esta simple misiva que se siga rematando un proyecto de futuro como éste que hemos emprendido recientemente y que no se abandone. Por varias razones, pero fundamentalmente porque es una seña de identidad felizmente recuperada y porque creo que es el faro que alumbrará nuestro camino de los próximos años. Del Centenario del edificio vinieron grandes triunfos -lo acabamos de señalar- y creo que ya está amortizado en el tiempo; ahora se abre otro que puede ser brillante y que nos llegue a unir en un proyecto solidario. Ayer

mismo tengo la confirmación de participación del Ciclo de Turismo en el IES Virgen de la Calle y de los alumnos en prácticas para el próximo curso, con su coordinadora al frente.

Existe un cambio generacional significativo y creo sinceramente que estamos preparados para acometerlo con éxito al encontrarse entre vosotros un elenco de magníficos profesionales que solamente necesitaréis tiempo, esfuerzo y apoyo para conseguir nuevas metas. Los idiomas, nuestro Bachillerato Internacional son un buen pivote para impulsar nuestro modelo educativo: quedan por reforzar y corregir otros objetivos. La informática debe ser prioritaria también y asumir sus aportes con gran vocación de futuro; hemos avanzado bastante, pero queda mucho trecho por recorrer. Los medios audiovisuales es otro mundo abierto y, aunque se ha dado un paso gigantesco en los últimos ejercicios, se necesita prestarles aún más atención. Éstos son otros retos añadidos y tendréis que buscar otras soluciones en los tiempos difíciles, que vendrán.

He procurado ser un Director -no sé si lo habré conseguido en la medida de mis intenciones- que reuniera los clásicos conceptos de *potestas* y *auctoritas*. Creo que una sin otra es una mala fórmula, una pésima ecuación. He dedicado una buena parte de mi tiempo a intentar basar mis actuaciones en este doble principio y he procurado tomar las decisiones que he considerado correctas en el ejercicio de mi cargo, a veces con un saldo personal que no me ha favorecido, quizá por no resultar las más populares o las más sencillas para otras autoridades educativas. Pero he obrado en conciencia y con la mayor rectitud de conducta; espero no haberme equivocado demasiado.

Puedo presumir de no haber estado enredado en ninguna otra aventura política que me alejara de los intereses del Centro, ni tampoco habréis visto que me significase en el mundo sindical. Es mi postura, respetando como no puede ser de otra forma las demás, pero ha sido mi manera de entender el sentido último de "*ser funcionario*" e independiente, al servicio de la ciudadanía como empleado público con una responsabilidad directiva. Recordando las palabras de José Ángel García de Cortázar en un manual de Historia Medieval de la editorial Alfagura que devoré en mi época universitaria, la caída del Imperio Romano -pido disculpas por retomar ese concepto de Edad Media- llevó a los hombres a buscar la encomendación feudovasallática o a la ascesis eremítica. Podéis fácilmente jugar a la ucronía que os propongo.

A la primera he renunciado claramente -siempre he sido libre en el sentido más amplio de la palabra- y pretendo encontrar un panorama razonable que me aleje del monacato y me lance a vivir la vida con ilusión, llevar a cabo todos esos proyectos -personales y académicos- que no pude por ser un Director "full time" y, de esta forma, encontrar la felicidad en las cosas simples y en los momentos compartidos con quien deseo. Un proyecto también difícil, complicado cada día más, pero que deseo hacer efectivo.

Y aquí estoy en las últimas líneas de de este breve discurso, camino hacia mi Itaca particular. No he temido a los cíclopes ni lestrigones -los que encontré se han quedado con las ganas de devorarme- y espero que Poseidón no me dé muchos problemas de aquí en adelante.

Aunque espero largo el camino y pleno de nuevas y sugerentes experiencias, quiero expresar que mi paso por este Centro ha sido sumamente instructivo para el camino que he decidido emprender.

Espero no haber robado demasiado tiempo a la celebración de este Claustro, mi último Claustro. Ha llegado el momento, como en los versos de uno de mis poetas de cabecera - Claudio Rodríguez -que me parece bastante más sugerente que Kavafis - al dejar atrás tiempos, afectos y lugares:

*"Y como yo veía  
que era tan popular entre las calles  
pasé el puente y, adiós, dejé atrás todo (...)"*

Aquí acabo. Dudaba en este momento en recordar a Leonard Cohen cuando decía que sus amigos se habían ido, el pelo se le había vuelto gris y le dolían las partes con las que antes jugaba -adelanto ya que estas afirmaciones no encajan demasiado en mi caso, al menos en su integridad y por ahora- o, lo que me parecía más correcto, recurrir a alguna frase clásica de Cicerón que adorna y puede hacer brillar una alocución como ésta en un regio Paraninfo.

Pues sí, qué mejor que irme recordando a Cicerón. Y echo mucho de menos a alguien que no está hoy sentado entre vosotros, que sí estuvo presente muchos años en este lugar, que fue también mi amigo y al que le hubiera gustado que me despidiera con la cita que voy a reproducir a continuación. Con toda seguridad, la hubiera corregido o aumentado con una mirada benevolente y algún ablativo absoluto complicado con verbos irregulares. Lo peor es que -como diría otro buen amigo de mi infancia, Juan de Valorio -que quizá será recordado por el poema que tenéis abajo en el cartel de Selene y Endymion- es que no está y que también el tiempo se lleva irremediabilmente a todos nuestros seres queridos para no volver. Y que también, no debemos olvidarlo, nos llevará a los demás. En fin, ahí dejo la frase colgada en el vuelo de esta brisa fresca -es un decir- del comienzo de un verano más:

*Amicitiae nostrae memoriam spero sempiternam fore.*